A los maestros y alumnos del Instituto*

Horacio Zúñiga

Qué importo yo; qué importan ellos,
lo que importa es la verdad.
JUSTO SIERRA

La burla es espuma de ingenuos
y la baba de imbéciles.
VOLTAIRE

El sábado 28 del próximo pasado octubre, precisamente cuando, en cumplimiento del más sagrado de los deberes filiales, encontrábame en México con mis padres, los nobles y generosos estudiantes del benemérito Instituto de Toluca, tenían la gentileza de organizar, en mi honor, la más divertida y edificante mascarada: Un auto de fe, como ellos le llamaron, durante el cual, a costa de mi pobre humanidad, hicieron gala de un gracejo que para sí hubieran querido los más célebres personajes de la satírica española del Siglo de Oro.

Semejante gentileza, me ha llenado de la más viva satisfacción, pues, uno de mis espectáculos favoritos fue el circo, y mis predilectos del circo fueron siempre los payasos; de modo que al narrárseme el cómico sucedido, torné a vivir mis años mozos y otra vez me sentí niño por la santa virtud del recuerdo, que, según Platón, es la condición y esencia de toda sabiduría.

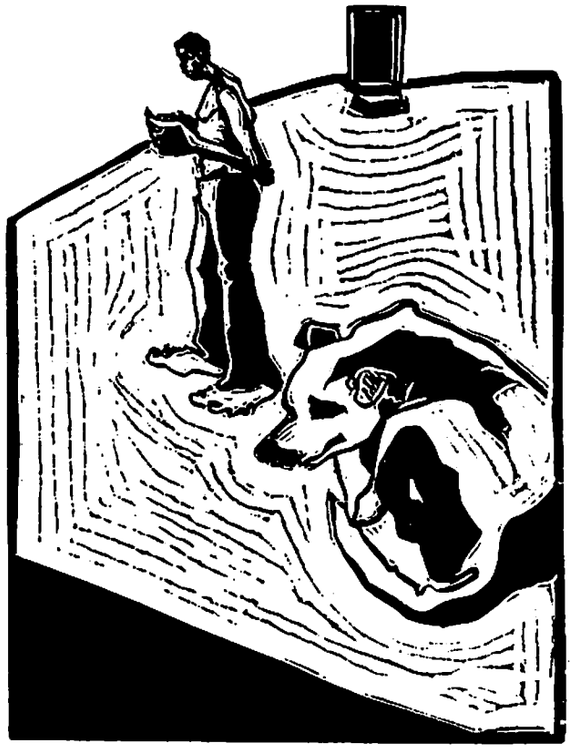
¡Con cuánta razón decía un crítico de Shakespeare que la filosofía de sus obras no estaba en sus príncipes sino en sus bufones, y con cuán parecido y justo criterio, los tratadistas de la LiteraturaCastellana consideran a la satírica española tan importante, cuando menos, como la mística. Porque, la gracia, el gracejo, la ironía, son el fiel reflejo de la elevación o la deformación moral y el preciso índice intelectual de los hombres y de los pueblos!

"Dime cómo ríes o dime de qué te ríes y te diré quién eres", he aquí el apotegma que podríamos formular de acuerdo con Rabelais, Eça de Queiros y Anatole France.

Por eso, en nuestro caso, después de agradecer cumplidamente a la pléyade estudiantil Institutense, su encantadora pantomima, en la que hizo gala de todo, hasta de la guerra que han declarado a la gramática sus señores locutores, vamos a exponer brevemente las consecuencias que sacamos de tan edificante escena cómica, pues, ya que pública fue mi condenación, es preciso que también pública sea mi defensa; sobre todo, cuando lo acontecido se presta a hacer reflexiones, no de carácter personal, sino de alcance colectivo.

El 14 de junio de 1934, con motivo del atentado de que fui víctima por defender la causa de los Institutenses, me vi obligado a abandonar mi gloriosa Escuela y desde entonces hasta la fecha, no he vuelto a ella, de lo que fácilmente se deduce, que ninguno de los actuales estudiantes del Plantel me conoce directamente, ni me ha visto actuar como maestro, ni sabe personalmente de lo que soy capaz, ya que han transcurrido más de cinco

*Artículo antologado por el maestro Inocente Peñaloza García, cronista de la UAEM, *Cuadernos Universitarios* 31. Horacio Zúñiga, *Ideas, imágenes, palabras, el libro de los oradores*, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1956.



años y los jóvenes de entonces, cursaban el último año de Secundaria.

De modo que la actitud hostil de los Institutenses, sólo tiene una explicación: la sistemática labor de zapa de mis gratuitos enemigos parapetados en las cátedras de la insigne Escuela, que han venido creándome entre los muchachos que no me conocen, una atmósfera de antipatía cuya culminación fue la mascarada del sábado, organizada por algunos enemigos míos que abandonaron su noble carácter de apóstoles de la juventud, para convertirse en émulos de Maese Pedroca, Director de los Piccoli, cosa muy poco digna de quienes están obligados a seguir el insigne ejemplo de los Ramírez, los Heredia y los Altamirano.

Por eso, yo no culpo a la juventud institutense; ella no me conoce; estoy seguro de que ni siquiera uno de mis libros ha leído; ella no sabe, quién soy, por más que siendo yo Institutense, en cierto modo, tenía obligación de saberlo. La juventud no es en este caso más que un instrumento, pero como desgraciadamente es un instrumento de odio, en vez de ser un instrumento de amor, en manos de sus mal llamados Maestros, yo quiero denunciar este hecho a la opinión pública del Estado, para que se sepa, qué clase de personas son las encargadas de cultivar el espíritu de los jóvenes que concurren a esa magna Escuela y para que deduzcan de ello, quiénes son los responsables de la situación "caótica y anárquica" porque atraviesa un Plantel que antaño, sin Autonomía, logró ser uno de los primeros de la República y dio a la Patria varios de sus ingenios más preclaros.

Ahora bien, ¿a qué se debe esta continua hostilidad de quienes azuzan contra mí a muchachos ingenuos e inocentes. A que yo, según dicen ellos, soy el aspirante eterno a la Dirección del Instituto; a que soy un mal poeta; a que no sirvo como orador; en fin, a que no valgo nada?...

¿Pero, no resulta contradictorio el hecho de que siendo yo tan poco, se ocupen de mí ellos que son tanto, y que para atacar a mi nula personalidad, se me eche encima la más gloriosa Institución Cultural del Estado y durante más de una hora se fatiguen las hondas de Hertz con la transmisión de una farsa exclusivamente dedicada a ridiculizarme?...

¿Que soy un aspirante eterno a la Dirección del Instituto? ¡Y qué!, ¿no tendría derecho como ciudadano, como hijo del Instituto, a pretender ese puesto? ¿Lo merecería menos que cualquiera de sus actuales profesores? ¿No he sido, en diversas fechas, catedrático de Historia y Literaturas en ese Plantel, con beneplácito público de sus alumnos que en cierta ocasión fueron a encontrarme hasta Lerma; que en sus periódicos HERACLES Y ANTORCHA me dedicaban artículos encomiásticos y que, con motivo del atentado que sufrí en 1934, organizaron asambleas en mi honor y manifestaciones de protesta contra mis enemigos?

Pero aun cuando nada valiera, ¿es un delito que amerite burla y escarnio, el hecho de aspirar en un país libre, a un elevado puesto público?

¿Que no valgo nada como poeta, que no sirvo como orador, que no soy nadie? ¡De acuerdo, pero esto es un axioma y los axiomas no necesitan demostración! Lo que todo el mundo sabe: es decir, que los cerca de 250 intelectuales de habla castellana que en 71 ocasiones me han premiado, valen infinitamente menos que mis gratuitos enemigos del Instituto; que las condecoraciones y los trofeos que me han dado el Gobierno de mi País y 2 ó 3 Gobiernos extranjeros, nada significan ante la opinión hostil de los egregios sabios institutenses y que mis 18 años consecutivos dedicados a la Cátedra y mi actuación en las Escuelas Nacional Preparatoria, Nacional de Maestros, Nacional de Jurisprudencia, Secundarias 1, 2, 3, 4, 7 y 10, Escuela de Verano, Colegio Mexicano, Escuela Superior. etc., etc., no abonan en mi favor absoluta-

mente nada porque el juicio de mis impugnadores es definitivo: "Horacio Zúñiga es un ser que merece la afrenta sistemática de la Escuela donde aprendió a iluminar su espíritu y a templar su corazón".

¿Verdad que esto resulta no sólo absurdo sino infame?, ¿Con qué derecho, escudados detrás de lo más noble de la humanidad que es la juventud, atacan mis enemigos a quien tanto ha procurado hacer por su Escuela, por su Provincia y por su Patria?

¿No saben esos señores que soy autor de 14 obras y muchos de ellos no tienen ni una sola, que en casi todos mis libros he cantado a Toluca y he glorificado a su instituto; que fui de los primeros Institutenses, empeñados en la celebración del Centenario del Instituto; que con Vicente Mendiola e Ignacio Asúnsolo, yo proyecté el monumento al Maestro inaugurado en aquella ocasión, y que la letra del himno que cantan los Institutenses, es fruto, no de mi inspiración, pero sí de mi cariño; no saben estos señores que aún en las actuales condiciones, que aún siendo víctima ya de la hostilidad sistemática de los institutenses, dediqué una de las más bellas Galerías de la Biblioteca a la glorificación del Instituto y que en mi último libro hago figurar mi Arenga Ferviente dedicada al benemérito Colegio, así como mi canto lírico a Toluca. Y por lo que respecta a mi vida íntima, ignoran estos señores que en los 2 años que llevo de vivir en Toluca jamás se me ha visto pasear mis vicios por las calles de la ciudad; que habito en humilde cuarto de escasos 7 metros cuadrados; que mi cama es igual a la de los internos de la Escuela de Artes y que para merecer la estimación de quienes me quieren porque me comprenden, no me doy reposo a mí mismo, pues, diariamente trabajo hasta las dos o tres de la mañana, en mi empeño constante de renovar mi cultura?

¿En qué se funda, pues, el odio de mis enemigos? ¿En qué temen ser desplazados por mí? En qué preveen que cuando yo esté en contacto directo con la juventud, ésta que es generosa y noble al fin, después de establecer ineludibles comparaciones, pondría a cada quien en el lugar que le corresponde? ¡quién sabe!

Pero de todos modos, es necesario que la opinión pública, para orientarse en el actual conflicto estudiantil, se sirva del acto realizado contra mí, y se dé cuenta del valor moral de los actuales guías de la juventud Institutense, pues es fácil deducir de su campaña de difamación y desprestigio enderazada contra mí, qué clase de personas son las encargadas de guiar a nuestras jóvenes inteligencias.

Yo por mi parte, lo digo de todo corazón, perdono a quienes, en nombre del santo derecho de vivir, temerosos de que pueda desplazarlos, creen conveniente denigrarme y ofenderme. Después de todo, a mí si se me cierra una puerta se me abren otras muchas, porque soy un hombre de trabajo, de entusiasmo, de voluntad. Pero lo que sí yo no creo justo es que los encargados de cultivar las conciencias, las envenenen y que en vez de saber, depositen rencor en el alma sana y noble de la juventud.

A este respecto, he hecho mentalmente un repaso de los más distinguidos catedráticos del Instituto y he concluído que ninguno de ellos puede ser autor de esta infamia:

Mis maestros: el Lic. Vélez, don Heriberto Enríquez, don Marcelino Suárez, don Gregorio Cruz, etc., etc., son de una elevación moral que corre parejas con su indiscutible competencia; mis amigos y ex discípulos, el señor Lic. Enrique González, Uribe Ruiz, Ibarra Chaires, etc., aun cuando no me estiman son demasiado inteligentes para cometer torpeza semejante; la señora Molina, con quien he tenido hondas diferencias, ha sido una de mis más gentiles defensoras y cuando ha tenido algo que sentir de mí, con más hombría que muchos hombres, me lo ha dicho personalmente. ¿Quiénes son entonces?...¡No lo sé!, es más, no lo quisiera saber, porque temo que mi naturaleza humana dé al traste con mis propósitos de serenidad y de indulgencia.

Sin embargo, yo deseo fervientemente, que si hay en el Instituto algunos alumnos o maestros que tengan algo que sentir de mí, me lo digan pública y claramente; que no se parapeten detrás de una muralla de espíritus buenos y corazones generosos; que no transformen el plantel en laboratorio de calumnias y estercolero de ignominias; que no hagan de la antorcha una brasa de suplicios; que no truequen el Salón de Actos de nuestra Escuela Máxima donde hemos velado los cadáveres de nuestros Maestros más insignes, en el proscenio de una farsa o en el escenario de un carnaval; y sobre todo, que no enseñen a la juventud a escarnecer a sus antiguos maestros, a sus panegiristas, sus poetas y sus oradores y que no prediquen la infamia y no envenenen con el odio las almas que debían nutrir con la ciencia e iluminar con el amor!...

¡El Instituto que blasona de ser nuestra más alta Institución Intelectual, no debe ofrecer al público el bochornoso espectáculo de una juventud que carece de cultura, hasta el punto de ignorar la gramática, hacer escarnio de la moral, befa de la gratitud y burla de la decencia, y que se introduce subrepticiamente, a través de la radio, en el rincón más sagrado de los hogares y usando términos soeces y expresiones innobles, hace oír la voz del odio y del despecho, a las madres que son altar de ternura, a las hermanas que son relicarios de afecto, a los niños que son urnas de candor!...

¡Jóvenes institutenses, Maestros míos del Instituto, yo no soy nada, yo no soy nadie, vine al Estado de México con el exclusivo fin de sumar mi grano de arena a la labor reconstructiva de nuestro Gobernante y lo que he logrado hacer en el Museo y la Biblioteca, son una prueba, no de mi competencia, pero sí de mi buena voluntad. Lo mismo que en la época del Coronel Gómez, cuando haya de salir del Estado, me iré tan pobre como cuando llegué, pero dejaré lo mejor de mí en esta tierra de mis vivos y de mis muertos!

¡Nadie soy, nada valgo, pero en gracia a mis nobles intenciones, a la firmeza de mis propósitos y a la honradez de mi vida, dejadme solo si queréis, postergadme si gustáis, pero permitidme trabajar por el bien de una Patria que es de todos; evitad que, so pretexto de remover en mí, un supuesto obstáculo a vuestras justas aspiraciones de mejoramiento y de progreso, se exhiba a la luz pública un Instituto empequeñecido por la infamia y deformado por la pasión!

¡El Instituto no es mío, pero tampoco es de mis enemigos; el Instituto es de todos nosotros; es de la Patria Chica y de la Patria Grande; unos y otros, pues, estamos obligados a defender su prestigio, acrecentar su gloria, y en el último de los casos, no a escarnecer sino a envolver en el piadoso manto del olvido, a los institutenses que nada valen pero que tanto lo aman, como yo!

Toluca, Méx., 1°. de Noviembre de 1939. Δ